

Soledad Reyes del Villar

BALMACEDA
SU GLORIA Y SU FALTA

Primera parte

Los primeros Balmaseda

El apellido Balmaseda apareció en Chile en 1742, con la llegada de Juan de Balmaseda y Zenzano desde la villa española de Ocón. Primero fue oidor de la Real Audiencia y luego gobernador de Chile, adquiriendo con ello el respectivo mayorazgo. Cumpliendo una orden real tuvo que expulsar personalmente a los jesuitas de Chile, de quienes era amigo cercano. Se dice que la medida lo impactó de tal manera que cayó enfermo por un largo tiempo.

Don Juan era soltero y no tuvo descendencia, por lo que invitó a dos sobrinos para que vinieran a administrar sus bienes: Pedro Fernández de Balmaseda y Juan Francisco Ruiz Clavijo y Balmaseda.

La historia que sigue es bastante curiosa. Juan Francisco se hizo cura, recibió algunas propiedades y se dedicó el resto de su vida a los servicios de caridad. Tanto así que llegaron a decirle “el San Vicente de Paul chileno”. Según Emilio Rodríguez Mendoza, era “una especie de Tolstói de sotana que iba entregando a sus inquilinos su rico patrimonio”. Sería entonces Pedro Fernández de Balmaseda quien heredaría el mayorazgo de su tío. Pero al igual que él, nunca se casó ni tuvo descendencia, por lo que también tuvo que recurrir a sus parientes en España para que la estirpe proliferara en Chile. Le pidió a su hermana, casada con Vicente Fernández, que enviara a su hijo. Fue así como llegó a Chile José María Fernández Fernández, quien sería el fundador de la familia y, de paso, originaría el cambio del apellido a Balmaceda, con c. Además, con la intención de aproximar ambos apellidos al parentesco con su tío, José María utilizó el Fernández paterno y el Balmaceda de su madre. A su llegada a Chile en 1802, pasó a llamarse José María Fernández y Balmaceda, y a hacerse cargo de los bienes de su tío. Especialmente del más preciado de todos, la hacienda Bucalemu, cerca del puerto de San Antonio.

José María se casó en 1815 con la limeña María Rodríguez de Ballesteros y Taforó, hija de don Domingo José de Toro y Guzmán, regente de la Real Audiencia de Lima primero, y de Santiago después. Tendrían un único hijo, Manuel José, el primer Balmaceda Ballesteros. Y ahí comienza la rama Balmaceda que se multiplica en Chile.

La hacienda Bucalemu tenía 46.000 hectáreas y más de 40.000 cabezas de ganado. Y como don José María era español, casado con una peruana, causó cierta sospecha en las guerras de la Independencia. Lo creyeron realista, lo tomaron preso y se tomaron la hacienda, cuyo ganado sería una importante fuente para proveer a las tropas realistas. José María luchó para recuperarla, hasta que finalmente, en 1823, llegó a un acuerdo con el gobierno de Ramón Freire. La propiedad fue dividida en dos, entre él y el Estado. Al morir en 1830, la hacienda quedaría para su único hijo, Manuel José, padre de nuestro protagonista. Como veremos, contenía una cláusula bastante conflictiva, fruto de futuros pleitos entre los hermanos Balmaceda y su madre.

Manuel José y Encarnación

Manuel José Balmaceda nació en junio de 1816, en medio de las guerras de la Independencia. Se creía que su llegada al mundo era una especie de milagro divino. María Rodríguez tuvo un embarazo muy difícil, y tras el parto quedó prácticamente inválida. Orgullosa de ser el primer criollo de esta rama de la familia, sentía como un deber perpetuar y multiplicar el apellido Balmaceda. Hablamos de la más rancia nobleza colonial. Una familia que siempre había ocupado importantes cargos políticos en Chile y en Perú. Don Manuel José destacó desde niño por su inteligencia y su tenacidad. Tenía catorce años cuando murió su padre y tuvo que trabajar y hacerse cargo de los negocios familiares. Llegaría a ser uno de los hombres más ricos de Chile por sus actividades agrícolas. Estudioso y metódico, escribió un *Manual del hacendado chileno: Instrucciones para la dirección y el gobierno de los fundos que en Chile se llaman haciendas*. En él detallaba su experiencia como agricultor, al tiempo que enumeraba rigurosamente las obligaciones, según categorías, que tenían los trabajadores de la hacienda chilena. Establecía normas para la crianza y engorda del ganado, para la lechería, el regadío e incluía meticulosas disposiciones sobre contabilidad y administración. Fue una verdadera curiosidad bibliográfica para la época.

Al ir comprando y explotando nuevas tierras, don Manuel José había llegado a tener once haciendas que conformaban un valle completo. Con el tiempo las dividiría en siete hijuelas. A su hijo mayor, José Manuel, le tocaría Nilahue, en Vichuquén, y San Antonio de Naltagua, en la zona de Casablanca-Melipilla. Como veremos, ven-

dería la primera en 1878 tras un fracaso empresarial, y la segunda en 1885, en plena candidatura presidencial.

Tal como se estilaba en la época, la fortuna de don Manuel José le había permitido convertirse en senador, sin que nadie cuestionara sus dotes políticas o su vocación de servicio. Además, teniendo tantas tierras, los campesinos le aseguraban sus votos. No era nada nuevo. El campesinado chileno de ese entonces era una poderosa fuerza electoral, siempre al servicio del patrón. Era bastante común que un rico hacendado tuviera por largos períodos un asiento en el Congreso. Así funcionaba el sistema y nadie lo cuestionaba. Como ha dicho Luis Enrique Délano, era “un caciquismo sobrio, sin violencias”³⁹.

Manuel José Balmaceda Ballesteros sería senador durante los gobiernos de Manuel Montt y de Joaquín Pérez. Había crecido en una familia donde al monttvarismo se le rendía culto. Abogado nacido en Petorca, Montt había hecho su carrera en el Partido Conservador. Era un hombre fuerte e inteligente, un político de prestigio. Gobernó entre 1851 y 1861 bajo el lema “Orden y libertad”, representando la vuelta al autoritarismo de Portales. Duro e inflexible, “El Negro” gobernó con mano dura. Tanto así que de los diez años de su gobierno, se estima que cinco de ellos, al sumarse, fueron con facultades extraordinarias y estados de sitio.

Un conflicto político-eclesiástico, que pasó a la historia como “la cuestión del sacristán”, dividió al sector conservador en dos, sentando las bases de partidos políticos posteriores. Por un lado estarían los conservadores tradicionales, que llegarían a ser el brazo político de la Iglesia y, por el otro, los partidarios del presidente Montt y su ministro Antonio Varas —los nacionales o monttvaristas—, que defenderían el predominio del Estado sobre la Iglesia. Serían hombres más tolerantes o indiferentes en asuntos religiosos, autoritarios en política, pero más progresistas en otros temas, especialmente económicos.

Durante este gobierno y el siguiente, de Joaquín Pérez, don Manuel José va a ser diputado por Osorno y luego por Casablanca, representando a los nacionales. Y en política actuó igual que como agricultor: discreto, meticulado y ordenado en extremo. “No era un espíritu vivo, combativo ni reformador”, afirma Luis Enrique Délano⁴⁰.

Manuel José tenía una relación de larga data con doña Encarnación Fernández, una bella dama santiaguina proveniente de una

39 Délano, Luis Enrique (2000). *Balmaceda*. Santiago: Sudamericana, p. 20.
40 Idem.

familia austera y de buenas costumbres. Era entretenida, conversadora y muy alegre “aunque no haya nacido con felicidad y plata”, como decía ella misma. Su nieto, Eduardo Balmaceda, la recuerda como una mujer encantadora y cariñosa, que “nos hablaba en una forma tan bella que la escuchábamos como si estuviésemos oyendo un cuento”. “La locuacidad y la atracción en la palabra eran proverbiales en ella”, sentencia. También fue una mujer extremadamente religiosa: hasta los últimos días de su vida ayudó económicamente a conventos y religiosas, y entregó seis becas anuales a los estudiantes más pobres del Seminario. Martina Barros la conoció de cerca y la quiso mucho. Así la recuerda en sus memorias:

Señora bondadosa, afable, acogedora, era una amiga muy afectuosa. No se mezclaba jamás en política, pero cuando la oposición comenzó a atacar duramente a su hijo, ella se mostró muy ardiente en su defensa y demostró tener un carácter impulsivo y batallador.

Manuel José y Encarnación fueron una pareja desacorde a los tiempos. Decidieron casarse en 1848, luego de haber tenido cuatro hijos (José Manuel, Rosalía Encarnación, José Vicente y José María). Algo no solo inusual, sino que francamente escandaloso.

Se instalaron en una gran casona en La Merced esquina Bretón (actual Santa Lucía). Y siguieron llegando los hijos: José Exequiel, José Elías, José Rafael, José Ramón, Mercedes del Carmen y José Daniel. También Francisco Javier y María del Carmen, que murieron a los pocos días o meses de nacer. En total, Manuel José y Encarnación tuvieron doce hijos, de los cuales sobrevivieron ocho hombres, siendo José Manuel el mayor de ellos.

José Manuel Balmaceda Fernández nació el 19 de julio de 1840 en Bucalemu. Se dice que era el favorito de su madre y que él la admiraba sin disimulo, desde siempre. De hecho, con su primer sueldo le regaló el vestido más elegante que encontró en Santiago. Y más adelante, cuando ya se había convertido en un político importante, pasaba a verla todas las mañanas a su casa para conversar y pedirle consejos.

El patriarca de los Balmaceda Fernández siempre fue un hombre rígido, esforzado y trabajador, casi inaccesible. Intuyendo lo prolífica que sería su familia, contrató a un arquitecto francés para construir un mausoleo familiar en el Cementerio General. Cuando estuvo listo, se trajo los restos de su padre desde Bucalemu “en un carro y procesión fúnebre con un ceremonial digno de los tiempos feudales”,

según recuerda Eduardo Balmaceda. “No era mi abuelo un hombre fácil a la amistad. De temperamento terco, soberbio como un castellano del medioevo”. Reservado y a veces difícil, decía no tolerar ninguna debilidad. Y a sus ojos no ser el primero era ser débil, por lo que sería muy exigente con sus hijos. Nunca fue cariñoso con ellos. Los crió en un ambiente estricto y riguroso, donde los niños no podían hablar en la mesa. Solo el mayor, José Manuel, podía opinar de vez en cuando.

De la religión a la política

Los hermanos Balmaceda Fernández estudiaron en el Colegio de los Sagrados Corazones de Santiago de los padres franceses, congregación que había llegado a Chile en 1834 a Valparaíso. La sede capitalina se inauguró en 1849, el mismo año que José Manuel ingresó interno. Pero tres años después decidió entrar al Seminario de Santiago. Tenía doce años y estaba completamente decidido. Se dijo que era por las influencias de su tío abuelo, Francisco Ruiz de Balmaceda, que a esas alturas era un reconocido clérigo y un gran modelo de caridad cristiana. Si bien en la familia era considerado un santo del que todos estaban orgullosos, doña Encarnación no pudo ocultar su preocupación.

Cuando José Manuel ingresó al Seminario, a mediados de 1852, el rector era Joaquín Larraín Gandarillas. Se cuenta que cuando le preguntó qué carrera escogería al ser mayor, el niño le respondió sin vacilar: presidente de la República.

En medio de un ambiente estricto y riguroso, el joven hizo buenos amigos. Uno fue Crescente Errázuriz y otro su profesor, Mariano Casanova, futuro obispo de Chile. Su comportamiento fue intachable durante los cuatro años que estuvo en el Seminario. “Conducta, óptima; aplicación, bastante; aprovechamiento, cinco inasistencias; cualidades intelectuales: talento sobresaliente, memoria muy buena”, aparece en su informe escrito en 1854. Imitando al santo italiano San Luis Gonzaga, destacó por su asistencia a los ejercicios piadosos. “Persevera en el bien”, firmó el inspector⁴¹.

Ya en esta época José Manuel escribía sobre distintos temas. Su primer texto fue la “Biografía del presbítero y doctor Manuel Valdívieso al momento de su muerte”, leída en su funeral y publicada en

41 Yrarrázaval, José Miguel (1940). *El presidente Balmaceda*. Tomo I. Santiago: Nascimento, p. 444.

1864. El mismo año escribió un trabajo sobre la reforma del artículo quinto de la Constitución, defendiendo la prohibición de cualquier religión que no fuera la católica. El tema estaba candente pues se estaba discutiendo una reforma al respecto, ya que los más liberales querían eliminar el artículo que la decretaba como la religión oficial del Estado. Balmaceda aseguró que debía ser la católica, pues era “el alma de la civilización presente”. Y sobre la libertad de cultos, sus palabras fueron elocuentes: “mientras Dios sea Dios, esto es, mientras la verdad sea la verdad, la libertad de cultos no puede ser un bien ni justamente aceptada: siempre será un mal”. Reconocía también que en algunos casos podía ser “conveniente y necesaria”, pero que en lo fundamental “destruía nuestra unidad social y política, era atentatoria al bien y prosperidad de la patria, era imposible”. Quién iba a pensar que en un futuro no lejano Balmaceda iba a promover exactamente lo contrario, firmando las leyes que le quitarían a la Iglesia buena parte de su control sobre la sociedad.

José Manuel solía conversar largamente con su padre. Por esos días se vivía el conflicto entre Perú y España, ya que el gobierno español, tras inútiles gestiones, aún no reconocía la independencia del país vecino. Este no reconocimiento era bastante serio. Y el problema se agravó al punto de que España decidió apoderarse de las Islas Chinchas, próximas a la costa peruana. Famosas por la riqueza de su guano, era en ese momento la mayor fuente de ingresos para el Estado. Algunos países se unieron diplomáticamente para que el gobierno español devolviera las islas, en una especie de solidaridad hispanoamericana que era bastante común en esos tiempos. El único país que se restó fue Argentina, que estaba resolviendo problemas limítrofes con Uruguay.

En Chile se sucedieron algunas manifestaciones en contra de España y se le negó a sus buques el permiso para cargar carbón en los puertos chilenos. Surgió la necesidad de estar preparados ante una eventual embestida española. Y acordaron reunirse en lo que sería el Congreso de Lima, el primero de su tipo en Sudamérica.

Don Manuel José, padre del aún joven seminarista, vio en esto una excelente oportunidad para apartar a su hijo de sus propósitos sacerdotales. No de la religión, pero sí de tomar los hábitos. Y como quien lideraba la comisión chilena que partiría a Lima era su gran amigo Manuel Montt, le pidió que lo llevara como secretario de la delegación. Bastante aliviada debe haberse sentido doña Encarnación.

Zarparon de Valparaíso en La Esmeralda. En el grupo iban también Julio Zegers, Federico García de la Huerta y José Ignacio Zenteno. Se hicieron buenos amigos, especialmente con Zenteno, que influiría decisivamente en el joven José Manuel. Lo cierto es que partió muy entusiasmado a la que sería su primera aventura diplomática. Desde un principio quedó admirado con la seguridad y la energía de Manuel Montt, así como también con la forma en la que expuso (e impuso) sus conceptos políticos al gobierno peruano y al pueblo limeño. Pasó largas horas conversando con Zenteno, de política, de cultura, de ideas liberales, lo que le abrió los ojos a un mundo mucho más amplio que el que estaba viviendo en el Seminario. Tal como ha dicho Julio Bañados, ya en este viaje

el austero ceño de Santo Tomás de Aquino comenzó poco a poco a borrarse de su alma, para contemplar sin horror la faz sarcástica de Voltaire, la cabeza pensadora de Rousseau, la ancha frente de Montesquieu y aquellas líneas audaces con que la naturaleza trazó la fisonomía de Maquiavelo.

Pensamientos y proyectos que lo harían, más temprano que tarde, cambiar la sotana de la Iglesia por el frac de los salones y tertulias.

En Lima estuvieron poco tiempo. José Manuel demostró ser muy activo e inteligente, pero se llegó a un punto en el que su presencia no se justificaba. Al poco tiempo, con la comitiva de vuelta en Santiago, España exigió que los chilenos pidieran disculpas públicas por haber apoyado a Perú, que explicaran su hostilidad y que, además, pagaran una indemnización a la Escuadra española. El presidente Joaquín Pérez no solo firmó un pacto de ayuda mutua con los peruanos, sino que le declaró la guerra a España. Era un 24 de septiembre de 1865.

El almirante español José Manuel Pareja tomó el mando de la expedición. En un ataque sorpresivo, el único barco chileno, la corbeta Esmeralda, bajo el mando de Juan Williams Rebolledo, capturó a la goleta Covadonga, frente a Papudo. Por razones de honor, Pareja se quitó la vida. Fue sucedido por el almirante Casto Núñez Méndez, quien llegó directamente a atacar Valparaíso. Lo hizo durante tres horas, ante un puerto indefenso. Arrasaron impunemente con bodegas, edificios públicos, la estación de tren, casas y oficinas. Luego de este bombardeo la Escuadra española siguió hacia El Callao, donde fue repelida por la poderosa artillería peruana. Su retiro rumbo a Filipinas marcó el fin de la guerra, que fue desastrosa para Chile.

Tal como lo resume Sergio Villalobos, “toda la actitud chilena de solidaridad con el Perú fue un episodio quijotesco que solo produjo quebrantos. El país no tenía nada que ganar y no estaba obligado con la nación del norte”. De todas formas, los españoles quedaron satisfechos. Chile no volvería a faltarles el respeto.

Si hay una cosa clara es que Balmaceda volvería a Chile totalmente cambiado, decidido a abandonar el sacerdocio. Como escribió su sobrino, “trocó el servicio de Dios por el de la patria”⁴². No debe haber sido difícil decidirse. Después de todo, su entusiasmo religioso no tenía una base sólida. Había sido, como tantos otros actos en su vida, confuso e impulsivo.

Emilia Toro

En Lima, José Manuel también se había lucido en los salones. Se dice que su metro ochenta y cinco de estatura, su galantería, sus ojos penetrantes y su atractiva personalidad hicieron suspirar a más de una limeña. Su figura no pasaba desapercibida. De frente amplia, “digna bóveda de las mil ideas que bullían en su cerebro”, según Julio Bañados, mirada aguda y penetrante, bigote frondoso, usaba el pelo castaño más bien largo. Siempre elegante y bien vestido, de levita y corbata negra, encantaba a hombres y mujeres. “Era teatrero, veleidoso, de modales fingidos y mandón con ínfulas”, afirma Villalobos⁴³. Su “carácter altivo” era “disimulado por los modales acogedores”, asegura Encina. Era, en resumidas cuentas, un hombre amable y encantador, cautivante y buen conversador.

En Lima, José Manuel se había hecho amigo de Domingo Toro y Herrera, quien lo mandó de vuelta con varias cartas para sus familiares en Santiago. Una vez en Chile, partió él mismo a dejarlas en su casa en calle Huérfanos, entre Las Claras y San Antonio, un hogar bastante concurrido por la alta sociedad. En la primera visita quedó deslumbrado con su hermana Emilia al verla tocar piano. “Una persona de gran distinción, delicadeza y cultura”, según Arturo Alessandri Palma, quien la conoció de cerca. Hija de Domingo José de Toro y Guzmán y Emilia Herrera Martínez, ambos pertenecientes a las más antiguas familias de Santiago. Él, descendiente de Mateo de

42 Balmaceda Valdés, Eduardo. *Un mundo que se fue...*, p. 301.

43 Villalobos, Sergio (1992). “La perturbación momentánea de 1891”. En Sergio Villalobos y otros. *La época de Balmaceda*. Santiago: Dibam, Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, p. 15.

Toro y Zambrano, y ella, de la célebre patriota Paula Jaraquemada. Heredera del mayorazgo de Águila y Rojas, actual Paine, comenzaron un noviazgo que terminó en matrimonio menos de un año después, el 11 de octubre de 1865. En la parroquia El Sagrario, la ceremonia fue presidida por Francisco de Paula Taforó, que en unos años más le causaría fuertes dolores de cabeza a José Manuel. Y al igual que su padre, uno de los testigos fue don Manuel Montt.

Una gran casona construida en calle Huérfanos albergaría inicialmente al matrimonio Balmaceda Toro. Con el crecimiento de la familia mandarían a construir una casa más grande, en Catedral, frente al edificio del Congreso. Pero Balmaceda no alcanzaría a verla terminada.

El canal de Las Mercedes

Durante los primeros años de casado, José Manuel se dedicó a los negocios agrícolas y ayudó a su padre en la administración de las extensas haciendas que tenía en los alrededores de Santiago. Mantenían largas conversaciones sobre la forma de generar mejores condiciones de progreso y desarrollo, convencidos de que la vida de campo era un buen medio para conocer y comprender los problemas del país.

Ya en esa época, José Manuel mostraba ciertas características que se irían acentuando con el tiempo: era un hombre inquieto, apasionado e impetuoso, siempre con ideas en la cabeza y buscando nuevos proyectos. Pero también se describen ciertas oscilaciones anímicas. Era un hombre feliz, pero a veces el ánimo no lo acompañaba. “Sus prolongados días de tristeza y melancolía fueron con frecuencia la preocupación de sus amigos y de su familia durante los primeros años de su matrimonio, a pesar de la felicidad íntima de su hogar”, dice Salas Edwards.

Simultáneamente va a ir virando de su unión con los nacionales, que representaban el orden y la autoridad, a frecuentar círculos más liberales, adhiriendo a cierto reformismo que lo haría sostener ideas más avanzadas en cuestiones políticas y religiosas. Y empezará a escribir en la *Revista de Santiago* sobre diversos temas, especialmente los referidos a la libertad electoral y a las relaciones entre la Iglesia y el Estado. También cooperó con los hermanos Justo y Domingo Arteaga Alemparte en la fundación del diario *La Libertad*. En eso estaba cuando en 1874 se enfrentó a la repentina muerte de su padre, de tuberculosis. La familia, hasta entonces siempre unida, se vio enfrentada a una serie de litigios por unas extrañas cláusulas que

aparecieron en el testamento. Entre los bienes estaba la valiosa hacienda de Bucalemu, que abarcaba desde Casablanca hasta Algarrobo. El testamento disponía que gozarían de las rentas todos los hijos, uno a uno, por un período de cinco años de acuerdo a sus méritos. Nadie sabía cómo se determinaban estos méritos y, además, los hijos querían disfrutar simultáneamente, y no por turnos quinquenales. Esto dio lugar a un largo y complejo pleito que dividió a la familia. José Manuel apoyó enérgicamente a su madre contra los otros hijos, Vicente, José María y Elías, que fueron defendidos por el abogado Marcial Martínez, quien describió años después el temperamento de Balmaceda:

La discusión fue sobremanera candente y don José Manuel, que era irrespetuoso de carácter, derramó una suma de gruesas injurias en contra del abogado de sus hermanos [...] Contesté a don José Manuel acremente y nuestras relaciones quedaron cortadas⁴⁴.

Las rentas se perdieron durante años hasta que los tribunales anularon la disposición. Evidentemente, la familia logró recuperarse, porque años después, en 1882, *El Mercurio de Valparaíso* publicó un artículo titulado “Los millonarios de Chile”, en que citaba cincuenta y nueve fortunas. Aparecía la de doña Encarnación Fernández, viuda de Balmaceda Ballesteros.

José Manuel volvió al campo junto a Emilia y sus dos primeros hijos, Domingo y María. El mundo agrícola siempre le había interesado, preocupado en ese entonces de la limitación para la agricultura de los valles de la zona central, por carecer de agua de riego. Fue así como Balmaceda ideó la construcción del canal de Las Mercedes, dando por seguro que los vecinos apoyarían y financiarían su proyecto. Estuvo ocho años dedicado a eso, pensando y elaborando la forma de transportar agua desde el Mapocho hasta los valles de Lo Prado, Lo Bustamante y Curacaví, hasta llegar a Algarrobo. Supervisó personalmente los primeros trabajos, llegando a pasar algunas noches instalado en una carpa junto a la obra, pero los terratenientes de la zona eran mañosos y anticuados, y no lograron entender su proyecto. Se defendían, literalmente, con el argumento de que las lluvias no cobraban derechos de agua. José Manuel se endeudó hasta lo increíble. Tuvo que vender la hacienda de Nilahue, heredada de su

44 Donoso, Armando (1947). *Recuerdos de cincuenta años*. Santiago: Nascimento, p. 435.

padre, para salir adelante. “Había emprendido una obra de progreso nacional”, afirma Encina, para solo obtener “sinsabores sin cuento y la pérdida de buena parte de su herencia”. Su gran amigo Enrique Salvador Sanfuentes lo ayudó pidiendo un crédito, salvándolo de la quiebra inminente. Balmaceda le estaría eternamente agradecido, lo que haría que, en unos años más, quisiera corresponderle en el ámbito político, lo que contribuiría a precipitar su caída.

El Club de la Reforma

Luego de tres décadas de gobiernos conservadores, hacia 1860 gobernaba Joaquín Pérez, el cuarto mandatario en hacerlo una década entera. Descrito como un hombre más bien indiferente, sin ningún apuro por hacer nada; un mandatario “ebrio de indolencia”, según Balmaceda. Otros dicen que esas características ayudaron a forjar un período tranquilo, necesario por la turbulencia de años anteriores.

Pérez sucedió al tan querido Manuel Montt, quien retomó su carrera judicial al dejar la presidencia. Como nuevo presidente de la Corte Suprema, no apoyó la candidatura presidencial de Federico Errázuriz, quien, a su vez, enfurecido por no contar con el apoyo de Montt, decidió acusarlo por supuestas irregularidades. José Manuel, junto a varios amigos liberales, siguieron de cerca el juicio contra Montt, quien finalmente sería absuelto de todos los cargos. Había sido una maniobra política para quitarle influencia. El episodio sirvió para prender la mecha en este grupo de jóvenes liberales que venían intercambiando ideas más audaces. Lectores de Lamartine, de Emilio Castelar y de Lamennais, entre otros, muchos provenían del Partido Nacional o Monttvarista. Cuestionaban, entre otras cosas, la intervención del gobierno en las elecciones y la influencia del clero en la vida del país. Fue así como nació el Club de la Reforma, que aspiraba a ampliar la participación ciudadana en los asuntos políticos, a restringir el poder presidencial buscando el pleno goce de las libertades, “aseguradas y garantizadas por la ley, no sujetas al capricho de sus gobernantes”, según decían. José Tomás y Jerónimo Urmeneta, Domingo Arteaga Alemparte, Ambrosio Montt, Domingo Santa María, Miguel Luis Amunátegui, Diego Barros Arana, Manuel Antonio Matta, José Victorino Lastarria, Vicente Reyes, Benjamín Vicuña Mackenna, Eduardo Matte, Enrique Mac-Iver y tantos otros dieron vida a este Club, inaugurado oficialmente en septiembre de 1868.

Muchos se conocían desde antes. Habían luchado juntos en 1859, aunando fuerzas para combatir la candidatura de Federico Errázuriz Echaurren. Defensores de la libertad, de la secularización de las instituciones y contrarios al autoritarismo presidencial, el grupo fue creciendo, planteando cuestionamientos cada vez más contundentes y severos. Se sumaron “muchos liberales de espíritu doctrinario en cuanto a los problemas de la reforma electoral, de la laicización de las instituciones”, y especialmente al debilitamiento del Ejecutivo, “para hacer del Congreso un cuerpo que represente la voluntad popular y tenga mayor influencia en la dirección y control de los negocios del Estado”⁴⁵.

José Manuel, desilusionado tras su nefasta aventura agrícola, decidió ingresar al Club. Alguien dijo que un espíritu como el suyo no podía estar por mucho tiempo más en el campo. Destacó desde el primer momento por la pasión y por la elocuencia de sus discursos. Se dice que era, por lejos, el mejor orador de todos. “Reveló desde su entrada bellas cualidades de orador, convicciones liberales bien meditadas y bien definidas, sincero amor a la causa del interés público y decisión para servirla”, afirma Domingo Arteaga Alemparte. “El brillo de su talento, la rectitud de sus miras, la nobleza de su carácter le labraron en poco tiempo una envidiable reputación política”, agrega⁴⁶.

Y es cierto. Balmaceda era un hombre entretenido y conversador, sumamente cautivador. Hablaba con pasión sobre las ideas que defendía, sabiendo que no sería fácil por el predominio conservador que imperaba en el país desde tiempos de Portales. “La obra es grande, pero noble y digna, porque la queremos realizar no por medio de vanas promesas, sino de una reforma conveniente y leal”, decía Balmaceda.

Defendían la libertad de prensa y la enseñanza laica, más ilustrada y progresista, mirando con sospecha las facilidades que los conservadores otorgaban a las congregaciones religiosas para la fundación de sus colegios. Proponían eliminar los agentes del gobierno en las elecciones, evitando los fraudes y abusos que ya todos conocían. También proponían establecer la incompatibilidad parlamentaria, esto es, que los miembros del Congreso no pudieran tener un empleo adicional, pagado por el Estado. No se podía ser ministro y diputado a la vez.

Los miembros del Club también quisieron combatir la indiferencia política de amplios sectores de la población. Ser una especie

45 Feliú Cruz, Guillermo (1951). *Prólogo a La guerra civil de 1891 (antecedentes económicos) de Hernán Ramírez Necochea*. Santiago, p. 32.

46 Arteaga Alemparte y Domingo Justo (1870). *Los constituyentes chilenos de 1870*. Santiago: Imprenta de *La Libertad*, p. 217.

de escuela de educación cívica. Para ello dieron charlas en distintos lugares del país, de contingencia política, que más de una vez terminaron impresas como folletos. Existe una de Balmaceda, en junio de 1869, titulada “Relaciones entre la Iglesia y el Estado”. Y otra escrita con Domingo Arteaga, en mayo de 1870, titulada “El Congreso constituyente”. También fueron publicadas las de José Victorino Lastarria, Enrique Mac-Iver, Justo Arteaga e Isidoro Errázuriz.

El papel jugado por el Club en la vida política chilena fue decisivo, pues resultó ser muy eficaz al propagar las ideas liberales. Tal como ha explicado Patricio Estellé, también fue una buena escuela de las prácticas democráticas, por sus innumerables convenciones, conferencias y reuniones⁴⁷. Entre marzo y septiembre de 1869 surgieron filiales en Linares, Vichuquén, Valparaíso, Cauquenes, Talca, Chillán, La Serena, Ovalle, Rengo, Curicó, La Ligua, San Felipe, Andacollo, Itata y Rancagua.

En septiembre se realizó una convención en Santiago, con representantes de provincias. Fueron adquiriendo una dinámica más estructurada y activaron una prensa que difundiera sus postulados. Para su segunda convención llegaron representantes de lugares tan alejados como Castro, despertando resquemor en el gobierno y en las huestes conservadoras.

“De aquí saldrá la libertad y los nuevos rumbos se imprimirán en la política”, vaticinaba Justo Arteaga⁴⁸. Sus integrantes serán, durante los próximos diez años, parte de la oposición a los gobiernos de Pérez, Errázuriz y Pinto. Prácticamente no hubo reunión donde Balmaceda no fuera uno de los oradores principales. Sus discursos eran brillantes. Conocida fue una conferencia que dio en mayo de 1869, donde se refirió a las relaciones entre la Iglesia y el Estado, explicando tanto las ventajas como los inconvenientes de su separación. “¿Puede decirse entonces que somos una democracia?”, se preguntaba Balmaceda. “No, mientras los ciudadanos no seamos iguales ante la ley e iguales ante el ejercicio de la libertad no seremos más que una monarquía disfrazada con los colores de la República, pero no seremos una democracia”.

47 Estelle, Patricio (1970). “El Club de la Reforma de 1868-1871: Notas para el estudio de una combinación política en el siglo XIX”. *Revista Historia*, no. 9, vol 1.

48 Arteaga Alemparte, Justo (1866). *Nuestros partidos i nuestros hombres*. Santiago: Imprenta de *El Ferrocarril*, p. 42.